Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

EJEMPLOS QUE NOS HABLAN DE DIOS,
de su existencia y atributos

Si quisiéramos dignamente alabar a Dios, jamás llegaríamos, porque es mucho más grande que todas sus obras (Eclo. 43,30)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44.
41003 SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA
Depósito Legal: B-18849/96
ISBN: 84-7770-297-7
Imprime: APSSA – C/. Roca Umbert, 26
08907 L'HOSPITALET (Barcelona)

INDICE

Presentación 4

EJEMPLOS QUE NOS HABLAN DE DIOS

– ¿Quién es Dios? 5
– Todo nos habla de Dios. 9
– Vivamos bajo la mirada de Dios. 13
– Temor de Dios. 19
– Dios es omnipotente y eterno. 22
– La Providencia de Dios. 25
– Justicia de Dios. 31
– Misericordia de Dios. 37
– Las grandezas de Dios. 48
– Respetemos el santo nombre de Dios. 50
– Conclusión: Somos propiedad de Dios. 53

Presentación

Amigos lectores:

He escrito ya un libro titulado: «¿QUE SABEMOS DE DIOS?», y sabido es que cuanto de Él conocemos es lo referente a sus atributos o perfecciones, los que he ido exponiendo a base de la doctrina revelada en las Sagradas Escrituras y de cuanto nos dicen los doctores y Santos Padres de la Iglesia.

En el presente voy exponiendo lo más esencial que sabemos de Él según la doctrina ya expuesta en el anterior, pero a base solamente de ejemplos que he creido instructivos y edificantes.

Los libros Santos ya nos dicen quién es Dios y en realidad todo nos habla de Él, de su omnipotencia, de su Providencia, de su justicia, de su infinita misericordia y de sus grandezas, y de cuanto podamos decir de Dios es muy poca cosa, por eso diré con el Sabio: «Cuando alabáis al Señor, alzad la voz cuanto podáis, que está muy por encima de vuestras alabanzas. (Eclo. 43,32)

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, enero 1996.

EJEMPLOS QUE NOS HABLAN DE DIOS

1

¿Quién es Dios?

Hierón, príncipe de Siracusa quiso saber quién es y lo preguntó al sabio *Simónides*. Este pidió un día para meditar, después dos, cuatro, ocho días, finalmente dijo al rey, el cual le urgía con impaciencia: «Cuanto más medito esta cuestión, más imposible me parece contestar. No puedo deciros «lo que es», porque es inefable, una cosa muy grande.

El Padre Astete lo reconoció así, y ésta fue la definición que él da en su Catecismo: «Dios nuestro Señor es la cosa más excelente y admirable que se puede decir ni pensar, un Señor infinitamente bueno, sabio, justo, principio y fin de todas las cosas, premiador de buenos y castigador de malos.

2

En una tertulia de ateos franceses, pretendidos intelectuales, negaban la existencia de Dios con rara unanimidad de burlas y blasfemias. Mas intrigaba a todos que el contertulio Voltaire, tan impío y cáustico, callara.

De pronto, y cuando le exigía una declaración contra Dios, el reloj de la sala dio las horas. Voltaire con un gesto teatral, señaló el reloj intrigándolos

con su silencio. Por fin, dijo: «más absurdo encuentro un mundo sin Dios, que ese reloj sin relojero». Si el reloj no se hace solo, ¿quién podrá decir que este mundo con el orden admirable de la tierra y astros que nos rodean no ha sido hecho por un Ser superior al que llamamos Dios?

3

El sacerdote Galiano asistía a una comida con unos ateos, los cuales pidieron a Galiano que probara la existencia de Dios. Decían que este mundo era obra del acaso. –Yo vi en Nápoles– dijo Galiano, a un jugador sacar unos dados apostando a los tres seises, y, en efecto, los tiró una y otra vez y aún otra y sacó los tres seises las tres veces. «¡Sangre de Bacó! –dijo uno de los jugadores–, esos dados tienen plomo». Y, efectivamente lo tenían. Y lo dedujo porque era imposible esperar semejante orden del acaso. Pues lo mismo se podría decir de la naturaleza; la naturaleza, si no la dirige Dios, tendrá plomo, tendrá trampa: de lo contrario, no saldría tan ordenada. Pero... ¿quién le ha puesto el plomo?

No hay duda que la construcción colosal del firmamento: las masas puestas en movimiento, las órbitas de los astros, el número de las estrellas, las leyes del movimiento... se hizo por la palabra de Dios. «¡Tenemos un Dios grande, dice

San Agustín, Su grandeza es sin fin; sin fin ha de ser tu alabanza!».

4

Un orador ateo y demagogo profería un discurso henchido de blasfemias contra la religión y contra Dios, a quien emplazaba diciendo: «Si hay Dios, que envie un ángel, que me corte la cabeza».

Pero en vez de esto, surgió del auditorio un obrero que, indignado, se encaró con él diciendo: «A un vil desvergonzado como tu no envia Dios un ángel: me encarga a mi que te dé la respuesta». Y le dio una serie de bofetadas que dejaron al blasfemo sin palabra.

5

En un campo de concentración en Francia. Centenares de refugiados españoles constituyen el auditorio: dos oradores: un sacerdote y un incrédulo. Tema: Hay Dios. –Dios no existe.

Subiendo el sacerdote al estrado, espuso con sencillez las pruebas clásicas de la existencia de Dios. Al final un refugiado, mostrándose disconforme, subió al estrado: «Si Dios existe, dijo, que me mate antes de cinco minutos». Transcurrido el tiempo contado, pudo decir: «Dios no existe, ya que no me ha matado». Un rugido saludó la prueba del incrédulo, al tiempo que ponía en ridículo los argumen-

tos del sacerdote.

El sacerdote sube de nuevo al estrado, pide una pistola cargada y la pone en manos de su oponente diciéndole que le mate antes de cinco minutos. «Este hombre que hay a mi lado no existe, pues no ha disparado», dice luego el sacerdote al público, pálido de emoción.

Los beneficios que prestaba aquel sacerdote no dejaron disparar al ateo, al cual dijo aquel: «Usted me ha respetado la vida cuando yo le pedía que me matase, como Dios se la ha respetado a usted cuando le retaba a que se la quitase».

Notemos que Dios podía haberle quitado la vida al que le retaba a que se la quitase; pero, como leemos en la Biblia: *«Dios hace, como que no ve nuestros pecados para esperarnos a penitencia»* (Sab. 11,24)... *«Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva»* (Ez. 33,11). Dios suele esperar al pecador, pero a veces castiga como sucedió en el caso siguiente.

6

En América había un ateo que daba mucho que hablar por su furor sectario: Wirney. Un día, entre unos amigos, se exaltó hasta decirles: «Para que veáis claramente que no existe Dios, yo desafío aquí a ese omnipotente que decís a que me haga morir

de repente. Pero, no temáis, no sucederá nada, precisamente porque no existe.

Apenas dijo esto cayó muerto. Este suceso, verídico, causó enorme expresión en Estados Unidos.

7

Todo nos habla de Dios

Santa Teresa del Niño Jesús: Hacia la edad de seis o siete años vi el mar por primera vez. Este espectáculo me causó una impresión profunda: no podría apartar de él los ojos. Su majestad, el bramido de las olas, todo hablaba a mi alma de la grandeza y del poder de Dios. La naturaleza habla de Dios, pero no es Dios.

8

Un científico francés viajaba por el desierto. A la puesta del sol salió de su tienda y entabló conversación con su guía beduino sobre temas religiosos.

– Nadie puede saber con certeza –dijo el francés– si existe Dios.

– Cuando veo aquellas huellas –repuso el beduino señalando pisadas humanas sobre la arena–, sé que algún hombre ha pasado por allí–, se volvió luego hacia el ocaso, de pálidos colores. Ya aparecía en el cielo temblorosas estrellas. Añadió: –Y

cuando veo el sol y la luna y los cielos estrellados, todo tan bello, sé con certeza que Alá (nuestro Dios) ha pasado por ahí. Son sus huellas.

El beduino tenía razón, pues, como escribió San Pablo: "*Desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad son conocidos mediante las criaturas*» (Rom. 1,20-23)

9

Luis XIV, rey de Francia, deslumbrado por su poder, por su gloria, por su fortuna, tomó el nombre de «Rey sol». Al morir, su oración fúnebre fue pronunciada por el orador sagrado, de fama mundial, Massillón. Éste se colocó cerca del féretro, junto a la tumba de aquel rey que bajaba a ella después de haber vivido con una pompa deslumbrante y derrochado frívolamente: y empezó su discurso con estas palabras, conmovedoras de puro sencillas: «Solamente Dios es grande».

Ante Dios todos somos pequeñitos, pura nada. «*Todas las naciones delante de Dios*, dice el profeta Iasías, *son como una gota de agua en el caldero, como un polvillo en la balanza*» (40,15). Si esto son todas las naciones ante Dios, ¿qué seré yo? ¿A qué viene el ensoberbecerse y que haya quienes se rebelen contra Dios, la suma omnipotencia y santidad?

10

Canturreaba un niño de memoria la doctrina aprendida en la escuela: «Dios creó el sol y la tierra y el mar... y las casas...», cuando le interrumpió su padre diciéndole:

– Oye, no te equivoques: las casas no las ha hecho Dios, sino los albañiles. Paróse el niño unos instantes sin saber que contestar, pero luego se volvió a su padre y le dijo en tono de triunfo:

– Sí, pero los ladrillos, la piedra, la cal, la madera y todo lo demás con que los hombres hacen las casas los ha creado Dios.

Sabido es que un carpintero puede hacer una mesa de madera ya existente, pero él no crea la madera. Es obra de Dios. Aquel niño entendía muy bien lo que quieren decir las primera palabras del Credo: «Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra».

11

El célebre naturalista Atanasio Kircher (m. 1680) recibió en cierta ocasión la visita de uno de sus conocidos que repetía a cada paso que el mundo se hizo a sí mismo: que no es necesario recurrir a Dios para explicarlo.

Precisamente había en el salón una esfera artísticamente hecha.

El visitante incrédulo preguntó admirado: ¿Quién hizo esta esfera tan hermosa? – ¿Quién? Nadie, se hizo por si sola.

– ¿Quieres tomarme el pelo? –dijo indignado el huesped. Y Kircher le contestó: Si la tierra y todo el universo se hizo por si mismo. ¿Por qué no puede hacerse también por sí sola esta pequeña esfera? Es evidente que toda la creación nos habla de un Ser inteligente y omnipotente, que no es otro que Dios.

12

Beattie, el célebre filósofo escocés, quiso dar una lección intuitiva a su hijito. Sin que nadie lo notara, trazó en un rincón del jardín el nombre del niño. En el surco abierto sembró berro, y luego planó la tierra. Diez días después, el niño llamó con alborozo a su padre:

– Mi nombre ha crecido en el jardín. Fueron ambos a verlo. –Sí, dijo Beattie, es tu nombre ¡Qué casualidad!. Mas el niño contestó: No puede haber casualidad. Alguién habrá preparado las semillas.

– ¿Consideras que estas letras, tan regulares no pueden ser efecto de la casualidad? Mira, pues, hijo a ti mismo, tus manos, tus ojos... Tan útiles, tan bien formados, ¿pueden ser efecto de la casualidad? – Ciertamente que no. Como no lo son las letras de mi nombre.

– No, no lo son. Son obra mia. La causalidad no hace nada con orden. Mas la creación fue hecha con orden: debe su existencia... a Dios. Fue el niño quien terminó la frase.

13

Vivamos bajo la mirada de Dios

Cualquier cosa que hicieres, piensa en la presencia de Dios, porque, presente en todas partes, ve siempre lo que haces (Kempis). Dios nos ve, ve lo que hacemos, lo que deseamos y lo que pensamos. Nosotros no vemos a Dios y fácilmente olvidamos su presencia. En el cielo lo ven los bienaventurados, le ven cara a cara, con visión intuitiva, y porque le ven son felices. Nosotros debemos esforzarnos por recordar y sentir que Dios está presente, lo está donde nos hallamos, en todas sus obras y en las cosas, en todos los acontecimientos, en nuestro corazón. Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos, como dice Santo Tomás.

14

Dos esclavos negros trabajaban con su señor en el campo. Uno era pagano, cristiano el otro. Apenas se hubo marchado el amo, el esclavo pagano arrojó la pala y dijo: «Ven, nos echamos allá en la sombra, el señor se ha ido. El cristiano le contestó:

«Mi Señor está aún aquí», y mostró el cielo.

15

Cuando Santo Tomás de Aquino estaba en su lecho próximo a morir, uno de sus hermanos en religión le pidió un consejo para lograr la salvación eterna. «Anda en la presencia de Dios –le dijo el Santo–, y así estarás siempre preparado para darle cuenta de tus acciones».

16

Un célebre cirujano refería: «He operado ya a millares de hombres, mas ninguna operación me produjo tan profunda impresión como la de un joven seminarista. Era de una ciudad de provincia, y sucedió en un crudo invierno; la intervención era urgente, y yo no tenía cloroformo. Expuse el estado de cosas al enfermo. Él contestó: «Cóncedame usted media hora para confesarme y comulgar, y no necesitó cloroformo». Así lo hizo.

Empezó la operación, y todo el tiempo que ésta duró el paciente no tuvo ni el más leve estremecimiento; solamente repitió varias veces, mientras cortaba yo en carne viva: *Da robur, fer auxilium* (Señor, dame fuerza, ayúdame).

El médico terminaba diciendo: «Cada cual saca fuerza de donde puede, y yo creo que mi paciente la sacó de la mejor fuente, de estar bajo la mirada de Dios».

17

Al célebre entomólogo francés J.H. Fabre (1915), a quien alguien llamó «el Virgilio de los insectos», preguntáronle el mismo día que celebraba el jubileo de 60 año de observación y estudio: «¿Cree usted en Dios?»

Respondió: «Casi no puedo decir que creo en Dios, porque lo veo. Sin Dios todo es para mi, misterio y oscuridad. Esa convicción la he llevado siempre conmigo, o, por mejor decir, en el curso de mis estudios se ha ido perfeccionando y grabando más hondamente en mi alma. Antes me arrancarían la piel que la creencia en Dios».

18

Un fraile que gozaba de fama de santidad no tenía otras obligaciones, fuera de la de cumplir con sus prácticas de piedad, que la de estar cerca del fogón y cocinar a diario para la numerosa comunidad. Cuando le preguntaron cómo se las arreglaba para conservar y fomentar la unión con Dios, puesto que tenía tan pocas ocasiones para leer libros edificantes o escuchar sermones, señaló su fogón y dijo:

«Allá dentro hay un predicador al que estoy oyendo todos los días. Las rojas llamas me hablan incesantemente del amor de Dios y no permiten que nunca me enfrie en él. Si el ardor del fuego decae

algo, entonces echo nuevo combustible y recito algunas jaculatorias suplicando las gracias que me parecen necesarias, o pienso en los tormentos del purgatorio y el infierno. Y por la noche, cuando hay que apagar el fuego, me acuerdo de la extinción de mi vida, de la muerte y desaparición de la tierra».

Desde aquel momento comprendieron sus hermanos en religión por qué era tan santo: andaba siempre en la presencia de Dios y escuchaba constantemente su voz a pesar del duro e incesante trabajo de la cocina.

19

Había un médico de cuya conciencia se admiraba la gente y a veces también se reía. Para este médico eran muy pocas las cosas que carecían de importancia; curaba una ligera herida con la misma bondad y el mismo esmero que ponía en atender a un organismo totalmente enfermo por dentro. Esto le ganó la plena confianza de la población. Incansable, con ánimo siempre igual, con sosiego y reflexión cumplía con su pesado deber. Además daba ejemplo con su conducta hondamente cristiana y celosa.

Y cuando, al cumplir los sesenta años, todos, jóvenes, viejos, ricos y pobres, le homenajearon, él dio público testimonio de su entrega a Dios expli-

cando de esta suerte su concienzudo cumplimiento de su profesión, que algunas veces las gentes no sabían comprender.

«Me he sentido siempre, decía, en la presencia de Dios. Cuando venía a mi un dolor humano, me preguntaba cómo lo curaría el Dios infinitamente poderoso y sabio, y así procuraba proceder yo. Nada había para mi insignificante, siempre investigaba el plan de Dios en todas las cosas».

20

Un misionero predicaba la inmensidad de Dios diciendo que Dios está en todo lugar. Observó que a estas palabras una pastorcita daba muestras de gran alegría. Al terminar el sermón llamó a la muchacha y le preguntó porque se había alegrado tanto. Ella contestó condorosamente:

– Porque en adelante ya no tendré miedo al estar sola en el bosque guardando el rebaño. Tenía miedo porque creía estar sola; pero ahora pensaré que estoy con el Señor.

– Sí, díjole el Padre–, no estás sola; ahí está Dios, pero no lo verás con los ojos del cuerpo.

– ¡No importa con tal que sepa que está! También por la noche tendría miedo de dormir sola, mas no lo tengo porque está conmigo mi hermana. En la oscuridad no la veo, pero me basta saber que está

allí. Lo mismo será en el bosque: sé que allí está el Señor, y, aunque no lo vea, ya no tendré miedo, pues no estaré sola.

21

San Juan Crisóstomo, hombre intrépido e íntegro, había llegado a hacerse molesto a la poderosa emperatriz Eudoxia por haber censurado públicamente, según su deber epíscopal, su mala conducta.

La emperatriz amenazó a Juan con el destierro, a lo que respondió el santo obispo: «Tan sólo puedes asustarme con el destierro si me envias a un lugar donde Dios no está presente».

22

«Sales de casa, Dios te ve; entras, Dios te ve; enciendes la luz, Dios te ve; la apagas, Dios te ve. Teme a Dios, teme a Aquel que se dedica a observarte. Y a lo menos por temor vive casto. O si quieres pecar, busca un lugar donde Él no te vea, y haz lo que quieras» (S. Agustín in Ps. 132,2).

23

En la Biblia leemos: «*Todas las cosas están patentes y manifiestas a los ojos de Dios*» (Heb. 5,13). «*Por mucho que uno se esconda en escondrijos ¿no lo veré yo? dice el Señor. ¿No lleno yo los cielos y la tierra?* (Jer. 23s).

José, el hijo de Jacob, se ve violentamente ata-

cado siendo incitado al mal, recuerda la presencia de Dios y queda victorioso. «*¿Cómo, dice, puedo hacer este mal y pecar ante mi Dios?* (Gén. 59,9).

Susana, se ve también fuertemente atacada y solicitada; se acuerda de que Dios la ve y triunfa (Dn. 13).

«El mejor medio para no pecar es pensar que estamos siempre en la presencia de Dios» (S. Clemente de Alej. paedag. 3,5).

24

Temor de Dios

El temor de Dios es el principio de la sabiduría, y son necios los que desprecian la sabiduría y la disciplina (Prov. 1,7). *Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque eso el hombre todo* (es decir, ésta es la razón de su existencia) (Eclesiastés 12,13). «Temed a Dios, pero de tal modo, que esperéis siempre en su misericordia; huid cuando se indigna contra vosotros, pero huid hacia Él para aplacarle, y sin duda le aplacaréis, si esperáis siempre en misericordia» (S. Agustín, Ps. 149, sent. 170). «Sólo el pecado es digno de temerse» (S. Crisóstomo in Ps. 44). Hasta los impíos temen a Dios.

25

Era Lavedán un literato francés que escribía mucho en revistas y periódicos y decía a voz en

grito que Dios no existía, que el infierno era un timo y el cielo un bonito engaño. Estalló la guerra europea en 1914. Lavedán tuvo que dejar la pluma y marchar al cuartel. Al salir para la batalla, y quizá para la muerte, tomó por última vez la pluma y escribió:

«Me reía de la fe y me juzgaba sabio a mi mismo. Me engañaba y también os engañaba a vosotros, que habéis leido mis libros y habéis cantado mis poesías. Era embriaguez... engaño... sueño... Abandonar a Dios es perderse... No sé si aún viviré mañana, pero quiero decir a mis amigos, que temo a Dios. Lavedán no se atreve a morir como ateo».

Aunque no estemos en guerra, la muerte está sobre nuestras cabezas. Temamos ofender a Dios. Evitemos el temor *servil*, el temor del castigo...

26

Un día comían juntos D'Alembert, Condorcet y Voltaire. Querían hablar de ateismo y de que no había Dios. De repente Voltaire les interrumpió y dijo: «Aguardad un poco, voy a cerrar para que no nos oigan nuestros criados: no quiero que me estrangulen esta noche». Daba a entender que, si los criados se persuadían de que no había Dios, lógicamente podrían hacer cualquier mal.

27

La Sagrada Escritura inculca con frecuencia el temor de Dios, ese temor santo que honra al Señor y que implica grande amor porque no quiere ofenderle. Tal fue el temor de Abraham, al que Dios había prometido multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, y un día le exigió que sacrificase a su hijo único. Pero Abraham es el «padre de los creyentes» y no dudó en confiar en Dios. Toma a Isaac y parten para el monte señalado por el Señor. Mas cuando tiende el brazo para degollar a su hijo, le grita el ángel del Señor: «*¡Abraham, Abraham!*» Y éste contestó: Heme aquí. «*No hagas nada al niño, porque ahora he visto que en verdad temes a Dios, pues por mi no has perdonado a tu hijo, a tu unigénito*».

Abraham ofreció a Dios, en holocausto, a un carnero que vio enredado en unas zarzas, y Dios le juró que multiplicaría grandemente su descendencia (Gén. 22).

28

Durante las revueltas revolucionarias de su tiempo, solía decir el P. Claret: «Yo no temo a la revolución, ni al infierno entero; no temo sino a Dios», y el emperador Federico III al ser preguntado cuáles eran entre sus servidores los que más amaba, contestó: «Los que temen a Dios más que a mi».

29

Dios es omnipotente y eterno...

Dios es todopoderoso, no tiene límites su poder. En la Escritura leemos: «*Yo soy el Señor, hacedor de todas las cosas, que por mi solo extiendo los cielos... sin ayuda de nadie*» (Is. 44,24). «*Yo soy el Señor Dios de todos los mortales: ¿habrá por ventura cosa ninguna difícil para mi?*» (Jer. 22,27). «*Todas cuantas cosas quiso ha hecho el Señor: así en el cielo como en la tierra, en el mar y en todos los abismos* (Sal. 135,6). *Para Dios nada hay imposible* (Lc. 1,36).

Aunque Dios pueda hacer todas las cosas, no se sigue de ahí, que pueda mentir, engañar o ser engañado, pecar, fenecer, o ignorar algunas cosas; porque estos defectos únicamente se pueden hallar en aquella naturaleza, cuyas acciones son imperfectas. Pero Dios, cuya acción es siempre perfectísima, en tanto se dice que no puede hacer estas cosas tal poder nace de la enfermedad o flaqueza; no de suma e infinita virtud de todo, cual es la que tiene Dios. Y así de tal manera creemos que Dios es Todopoderoso, que juntamente entendemos estar muy lejos de su Majestad todas aquellas cosas que no sean muy conformes y correspondientes a la perfección de su esencia» (Cat. Rm. 1,2,12).

30

Un simpático niño de diez años es apostrofado con sorna por un incrédulo. «Crees, le dice, que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, está presente en todas las hostias consagradas, ¿no es eso?». Estoy seguro de ello» responde el niño, «¿Cómo puede ser esto, si, como tu dices en el Padre nuestro Dios está en el cielo?». El niño a su vez: «¿Sabe usted el Credo?». «Lo sé». «¿No se dice en él: «Creo en Dios Padre Todopoderoso?» Entonces Dios lo puede hacer todo, y, por tanto, puede hallarse a la vez en el cielo, en la Eucaristía y en todas las hostias consagradas» (*Mortarino*).

31

Algunas veces acaso penséis: ¿Por qué Dios no castiga a los sacrílegos que profanan la eucaristía o que osan acercarse a comulgar en pecado mortal? ¿Por qué los soporta? ¿Por qué no los condena? ¿Es que no tiene poder para ello?

Escuchad: Vinieron los judíos a prender a Cristo Redentor en el Huerto de los Olivos. Preguntóles el Señor a quien buscaban. Y como dijesen que a Jesús Nazareno, respondió: «¡*Yo soy*!», y fue tan poderosa esta palabra, que en el mismo instante cayeron por tierra todos los soldados. No desistieron los judíos y volvió el Señor a preguntarles a quién bus-

caban. Dijo el Señor: «¡*Os dije que soy yo*!» y diciendo esto le echaron mano y le prendieron.

Ya lo véis. Con un «¡Yo soy!» se puso en sus manos sacrílegas.

Quiso enseñarles que lo mismo mostraba ser Él el vencerlos, como mostraba serlo al entregarse a ellos. Si cuando un sacrílego se acerca a la Eucaristía, Cristo repentinamente le castigase, mostraría su divinidad y su poder; mas el mismo poder y la misma divinidad muestra sufriendo su osadía. Además, como ya tenemos dicho, Dios que es a su vez bondadoso, hace como que no ve sus pecados por esperarlos a penitencia.

32

Salió un día de caza Felipe II con su hijo Felipe, niño a la razón de corta edad. De repente los sorprendió un chubasco sin que pudieran guarecerse en sitio alguno. El niño dijo:

– Señor, mandad a las nubes que dejen de llover.
– Eso, hijo mio, le contestó el rey, no lo puedo hacer yo; pertenece a una potestad superior.

El niño que había oido ponderar tantas veces el poder de su padre, replicó:

– ¡Cómo!, ¿no puede el rey una cosa tan pequeña? ¡No, hijo mio, dijo Felipe II. Eso sólo lo puede hacer Dios. Tu teme a Dios que puede hacer más

que los reyes!.

33

Dios es eterno

Siempre ha existido y existirá. Él no muere jamás. Entre los crímenes perpetrados por la masonería, uno de los más execrables fue sin duda el vil asesinato de García Moreno, heroico y cristianísimo presidente de la república del Ecuador.

Durante quince años trabajó infatigablemente por su patria, que logró elevar en el orden moral y material a brillante grado de prosperidad y cultura.

Los enemigos de la Iglesia no le perdonaron que hubiese manifestado públicamente sus profundas convicciones de católico. Un día, cuando después de comulgar iba a pronunciar un discurso en una de las cámaras, le asesinaron a puñaladas cobardemente.

Al caer bañado en sangre, exclamó con energía en el momento casi de morir: «¡Dios no muere!». Dios ciertamente es eterno, siempre ha existido y existirá (Sal. 02,28).

34

La Providencia de Dios

La Providencia de Dios es el cuidado que Dios tiene por conservar y gobernar el mundo. *«El Se-*

ñor ha hecho al pequeño y al grande, e igualmente cuida de todos» (Sab. 6,7). Dios cuida de las aves del cielo y de los lirios del campo... ¡cuanto más de nosotros! (Mt. 6,25-30).

Recordemos la visita que hizo Federico el Grande a una escuela de pueblo en Brandenburgo. Cuando entró, el maestro estaba dando la lección de geografía; el emperador llamó a uno de los muchachos y le preguntó si sabía donde estaba situado su pueblo. – El muchacho contestó: En Prusia.

– ¿Y dónde está Prusia, siguió el emperador – En Alemania – ¿Y Alemania? Está en Europa. – ¿Y Europa? en el mundo. ¿Y el mundo? El muchacho quedó unos instantes pensativo, pero al fin, mirando al emperador, contestó: – El mundo está en manos de Dios.

Razón tenía el niño, y si nosotros lo pensáramos más a menudo y con más fe, viviríamos con más seguridad y con menos temores. El mundo está en manos de Dios, y nosotros, como el mundo, estamos en esas providenciales manos.

35

Había en París una buena niña que tenía el padre pobre y enfermo. Habiendo oido decir a la maestra que el que ora con confianza obtiene cualquier gracia, pensó escribir una carta a Dios pidiéndole la

salud para su padre, y el pan para ella y para su hermanito.

Escrita la carta, puso esta dirección: «Al buen Dios en el cielo». Después corrió a una iglesia, y estaba para echarla en el cepillo de las limosnas, creyendo que aquel era el buzón de las cartas dirigidas al cielo, cuando se la acercó una señora.

–¿Qué haces? le preguntó. La niña contestó contando toda su dolorosa historia. Entonces la señora le dijo:

–Dame la carta; yo la haré llegar a su destino; pero tu dirección para la contestación ¿la has puesto?

–No, me han dicho que el buen Dios lo sabe todo!

– Es verdad; pero puedes ponerla para que la sepa también yo.

–La niñita indicó su casa y se fue contenta. A la mañana siguiente llegaba a aquella casa una gran cesta que contenía todo lo que necesitaba aquella pobre familia y una carta que decía: «Contestación del buen Dios». Y poco después vino un médico a visitar al pobre enfermo.

Así pues, si la carta no llegó materialmente al cielo, fue escuchada por Dios la oración en ella contenida. Dios se vale de muchos medios para concedernos cuanto le pedimos con fe.

36

Caminando en cierta ocasión San Juan de Dios por tierras de Castilla, después de tres días de no probar bocado, se puso a rezar delante de una cruz que había en el camino y cayó desmayado de hambre y de fatiga.

Cuando volvió en sí comenzó a rezar el Padrenuestro, y al llegar a las palabras: «*Danos hoy nuestro pan de cada día*», oyó una voz que le decía: «Ese pan es para ti». Volvió la vista y se encontró con un pan milagroso.

37

Hace varios años quería un inglés salir para América. En el momento de embarcar se rompió una pierna y hubo que renunciar al viaje.

Sus amigos se lemantaban de ello, más el replicó: –Lo que Dios hace bien hecho está. Al día siguiente corrió la noticia de que había naufragado el buque con todos los pasajeros.

¡Ya véis! dijo el inglés a sus amigos. Lo que Dios hace, bien hecho está. A veces lo que nos parece mal, resulta un bien para nosotros. Confiemos siempre en Dios y en su divina Providencia.

38

En una fonda se quejaban algunos de la persistente lluvia. Uno de los clientes dio salida a su

mal humor con estas palabras: «¡Y todavía se habla de Dios y de la Providencia!» «Permítame usted, dijo otro, metiéndose en la conversación, «si usted fuese por casualidad paragüero, seguramente vería en estas lluvias pertinaces un favor especial que le dispensa a usted la Providencia. ¿En qué quedamos, pues?. Otro caso semejante y curioso es el siguiente.

Un campesino de la Vendée vuelve de Lourdes, donde había presenciado dos curaciones milagrosas. El joven médico le pregunta con tono de superioridad: «¿Cuántos enfermos hubo en conjunto?» Más de doscientos. Entonces la Virgen no es tan poderosa como Vd. quiere suponer; si lo fuera habría curado a los 200. El campesino no se deja intimidar: «Señor doctor, ya es ella bastante poderosa, mas tiene compasión de los médicos. Si curase todos los enfermos, morirían de hambre los médicos... Dios sabe bien el por qué de las cosas...

39

En el mundo existen muchos males, ¿por qué los permite Dios? Sin duda para que alcemos más los ojos hacia Él... Dios no hizo el dolor y la muerte, pues entraron en el mundo por el pecado original: *«por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte...»* (Rom. 5,12). Ahora la

causa de nuestros dolores y de todos los sufrimientos, además del pecado original lo son también nuestros pecados personales. ¡Cuántos males y enfermedades sufren los hombres, unas veces por glotonería, otras por embriaguez, por diversas clases de vicios. En los Proverbios leemos: «*La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios*» (19,3).

Hay que reconocer que muchas veces nos quejamos de la Providencia cuando los verdaderos autores de nuestras desgracias hemos sido nosotros mismos por nuestro obrar irreflexivo e imprudente.

A veces nos llaman la atención los muchos males que vemos en el mundo, pero tenemos que reconocer que Dios nos ha dado la libertad para la verdad y para el bien, y por emplearla para el mal, de ahí provienen muchas desgracias y de ellas Dios nos pedirá cuenta...

40

Un teólogo saludó a un mendigo cubierto de úlceras: «Buenos días, hermano. Y el mendigo le contestó: Todavía no he tenido día malo. –Pues que Dios te los dé mejores. –Mi suerte ha sido siempre la mejor.– ¿Cómo es posible, si estás cubierto de llagas y heridas?

–Es la bondad de Dios quien me las da; cuando luce el sol, me alegro con el sol; cuando hay tormenta, me regocijo con la tormenta, porque es Dios quien la envía.

–¿Quién eres tú? Yo soy rey.– ¿Dónde está tu reino? –Mi reino es mi alma. En él no hay jamás rebeliones. Lo más hermoso es conformarse con la voluntad de Dios, y saber sufrir, pues como leemos en la Sagrada Escritura «*los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros*» (Rom. 8,18).

41

Justicia de Dios

Senaquerib, rey de Asiria, se atrevió a mandar mensajeros a Ezequías, rey de Judá, con estas expresiones insultantes para Yahvé: «*Que tu Dios en quien confías no te engañe diciendo: Jerusalén no será entregada en manos del rey de Asiria. Bien sabéis lo que los reyes de Asiria han hecho con todos los pueblos y cómo los han destruido; ¿y vas a librarte tú?*».

Aquella misma noche salió el ángel de Yahvé e hirió en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil hombres. Y Senaquerib se vio obligado a levantar el campo y partir (2 Rey. 1817 ss).

«No os engañéis; de Dios nadie se burla» (Gál. 6,7).

42

Cuenta San Gregorio Magno que en sus tiempos había en Roma un niño de unos seis o siete años de edad que blasfemaba como un demonio por la menor cosa que le hiciesen.

Un día, mientras su padre le tenía en sus brazos, el niño blasfemo gritó, temblando todo él: Padre, difiéndeme, pues veo venir un animal que me quiere llevar. Y profirió una horrible blasfemia. Aquella fue la última, porque al instante murió. Lloró aquel padre por no haber corregido nunca al hijo, aún tan pequeño y ya tan gran pecador.

43

En una hostelería de una villa de Suiza, un joven llamado Juan Ritter se las daba de blasfemar más que nadie de los allí presentes y, acometiendo a cualquier compañero lanzaba las más horribles blasfemias.

Todos los presentes permanecían aterrorizados cuando, de súbito, nadie pudo oir ya más su voz: el infeliz gesticulaba y agitaba la lengua, pero había perdido el habla, que ya no recobró jamás.

44

Un muchacho que hizo toda la campaña de la guerra civil española como voluntario, herido dos

veces, próximo a la muerte otras varias, conocedor de penas y horrores, me refería cuál fue para él la noche más triste de la guerra... Fue la noche en que vio caer a su lado muerto instantaneamente por un balazo perdido, a un compañero que acababa de blasfemar cuando marchaban en fila, cautelosamente, por un paso peligroso, media hora antes.

–Bárbaro, no hables así –le había reprendido un buen camarada–; si Dios te llama ahora, ¿qué cuenta le vas a dar?

El blasfemo pidió que le dispensara y pareció arrepentirse. Llegó el balazo traidor y cayó redondo: ¿le quedaría tiempo para arrepentirse?

–Cayó con el craneo roto, me contaba el soldado; el capellán estaba lejos y el capitán me dijo que allí no se podía hacer nada. Yo me acordaba de su blasfemia. Fue la noche más triste de mi vida.

45

Dios no dejará pecado sin castigo, pero hay pecados que serán castigados sólo en la otra vida, y pecados que son siempre castigados además en ésta. Uno de ellos es el pecado de los hijos con sus padres. El mal hijo encuentra siempre en esta vida su castigo. Dios, Padre vengador, tiene prisa de poner su mano sobre el ser desnaturalizado que se levanta contra los que le dieron el ser. Oid una historia

conocida y terrible.

Era un mal hijo poco trabajador, iracundo, vicioso, agobiado más la falta de fe de su alma que por la penuria de su cuerpo. Su padre cayó enfermo. Vencido por los achaques y la edad, la falta de cuidados le hacía empeorar de día en día. Harto ya el mal hijo de que se prolongara la enfermedad de su padre, le habló así:

–Padre, usted no sana ni se muere, y yo no puede soportar semejante carga.

–Pues, ¿qué quieres que haga yo? ¡Infeliz de mi! Si pudiera salir a la calle pediría limosna, pero no puedo moverme.

–Marrullerías de viejo, padre, marrullerías y nada más; lo que voy a hacer es llevarlo ahora mismo al hospital. –Como tu quieras, hijo.

Dicho y hecho. Tomó a su padre del brazo y, medio a empujones, impacientándose, jurando y perjurando porque no andaba más de prisa el anciano, el mal hijo cargó al fin con su padre a cuestas y, corriendo como un energúmeno por las calles y plazas, llegó al patio que al hospital precede y dejó caer brutalmente al pobre anciano sobre un banco de piedra. Exhaló el viejo un hondo y conmovedor quejido.

¿De qué se queja usted, padre?

–No me quejo, hijo; recuerdo únicamente que sobre este mismo banco dejé caer a tu abuelo cuando, olvidándome de que le debía la vida, me harté como tu de mantenerle en mi casa y le traja al hospital. Fíjate en el banco, para que un día se los enseñes a tu hijo.

46

Decía un chusco que en los tiempos primitivos la vara de la justicia era larga, de modo que llegaba su altura a la cabeza de los jueces, significando con ello que estos debían agudizar su razón y buen juicio para aplicar con rectitud las leyes; que más tarde se fue acortando la vara, de modo que ya sólo alcanzaba a la altura del corazón, a fin de que éste se conmoviera y fallase el juez con equidad mitigando el rigor de las leyes y los sufrimientos de los prójimos; y que en la actualidad es tan pequeña, que sólo alcanza a la altura del bolsillo.

Por esto es necesario el soberano juicio de Dios.

47

¿Sabéis cómo se convirtió San Bruno, el fundador de la Cartuja? Oidlo, porque es una lección que no vais a olvidar nunca.

Era por los años 1082. San Bruno estudiaba en París, y él mismo cuenta que mientras atendía a sus estudios murió el gran sabio Raimundo Diocré, pro-

fesor de aquella universidad. La ciudad se conmovió al conocer la noticia, y una inmensa muchedumbre acudió a los solemnes funerales del catedrático.

Según la costumbre de aquel tiempo, el cadáver, vestido con sus hábitos doctorales, yacía descubierto sobre el catafalco.

Dióse principio al funeral. Y al llegar al punto en que se reza: *Responde mihi...*, se vio al muerto levantarse repentinamente y sentarse sobre el féretro, oyéndole decir claramente: «Por justo juicio de Dios he sido juzgado y condenado». Y cayó inmóvil, tomando un aspecto deforme. Suspendióse la función, apagáronse los cirios y el cadáver fue sacado de la Iglesia y enterrado en pleno campo.

Bruno contempló aquel espectáculo terrible. Impresionado por él, dejó la universidad y el mundo y se retiró a una ermita cerca de Grenoble. Poco después se le unieron unos compañeros y quedó fundada la Cartuja.

48

Cuenta San Gregorio Nazianceno que una séñora fue a un palacio para pecar. Al pasar por el corredor, donde se hallaban colgados unos cuadros, vio el retrato de un filósofo antiguo que parecía mirarla severamente, y que la reprendía, lo que le causó gran turbación.

Si sólo la mirada de un retrato hizo temblar a aquella pecadora, ¿cómo no hará temblar a los pecadores la severa mirada del Juez divino?

49

Misericordia de Dios

San Francisco de Regis luchaba una vez por el alma de un sentenciado a fin de reconciliarle con Dios antes de la muerte. Como todo parecía en vano, comenzó a hablar del gran amor de Dios a los hombres. Le mostró el crucifijo y le dijo: –¡También a ti te ama!

Había acertado con la nota precisa. Del corazón del pecador se escaparon estas palabras: ¿Es esto verdad? ¿También a mi me ama? Y conmovido se entregó a ese Dios de amor. (Dios odia infinitamente el pecado, pero ama infinitamente al pecador). *«Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva»* (Ez. 33,11).

50

En el año 70, siendo Vespasiano emperador, se había reunido el senado romano para decidir qué nombre había que dar al sumo Dios. Un senador dijo: «Se debe llamar Dios del poder». Otro: «No; es mejor llamarlo Dios de la justicia».

Finalmente se alzó un viejo senador y dijo: «El nombre más propio es éste: Dios de la bondad».

Después mostró una imagen del Señor de amable expresión, con esta frase escrita en torno: «Yo os amo a todos, yo os perdono a todos, porque soy el Dios de la bondad y del amor».

¡He aquí el verdadero nombre! –gritaron todos los senadores–. ¡Lo hemos encontrado!

También yo, queridos hijos, os digo que, de todos los atributos de Dios, el que más se manifiesta es el de bondad y misericordia. Si estáis espantados por la meditación del pecado, de la muerte y del juicio, ahora tenéis motivo para alegraros en la misericordia de Dios. «*La misericordia de Dios está sobre todas sus obras*» (Sal. 145,9).

51

Durante la guerra, un oficial del estado mayor alemán estaba mortalmente herido en un hospital francés. La monja que la cuidaba era también alemana. Entendiendo ella que el enfermo era católico, pensó enseguida en llamar a un sacerdote, pero él no quería oir siquiera hablar de religión.

– Bueno, yo rogaré mucho por usted –díjole ella–, para que Dios misericordioso le toque el corazón.

– Se cansará pronto y lo dejará, le dijo él.

– No, no lo dejaré. Hay un hombre por cuya conversión hace dieciséis años estoy rogando.

– ¿Dieciséis años? Ha de ser muy querido por

Vd. ¿es su padre? ¿su hermano, tal vez? –No, nunca le conocí. Mi madre era sirviente de una condesa en Alemania. Hace dieciséis años esta señora rogó a mi madre que me pidiera que rezase por su hijo, que llevaba una vida desordenada. Desde entonces he rogado a Dios por él; y lo mismo hacen las otras hermanas. Ahora, según dijo su madre, la condesa, en una carta, está en el ejército.

El oficial había escuchado con interés creciente.– ¿La madre de Vd. se llama Beata? –Preguntó. ¡Oh! ¡Exacto! ¿Acaso es usted el conde Carlos? Lo era; y no pudo ocultar sus lágrimas.

Le pareció un claro designio de Dios hallarse al cuidado de esa buena hermana que tanto había rogado por su conversión. Recibió los sacramentos en muy buenas disposiciones, con gran consuelo de su madre cuando se enteró. Con este ejemplo queda de manifiesto la misericordia de Dios que espera al pecador, y el valor de la oración.

52

El siguiente ejemplo también nos hace tener gran confianza en la eficacia de la oración y también en la misericordia de Dios.

El emperador Carlos V de Alemania y I de España llegaba con su escuadra ante el puerto de Orán. Era de noche, y el mar estaba tan alborotado que

amenazaba un terrible naufragio. El emperador, aunque aparentaba una gran serenidad, estaba vivamente preocupado por la suerte de sus soldados. Los bajeles no podrían resistir por mucho tiempo el embate arrollador de las olas.

Después de larga reflexión, se dirigió al jefe de la armada: –¿Cuánto tiempo pueden resistir estos barcos? –Un par de horas.

– ¿Qué hora tenemos? Son las diez de la noche. Una sonrisa iluminó el semblante del emperador. – Entonces... estamos salvados.

El jefe de la armada le miró extrañado de tal afirmación. Carlos V le miró a su vez con ojos optimista y le explicó:

– A las doce de la noche se levantarán a rezar por nosotros todos los religiosos de coro de España. Dios misericordioso escuchará sus plegarias. No temáis, amigos, estamos salvados.

No sé si el almirante tomó de momento en serio las palabras del emperador, pero su asombro sería mayúsculo, pocos momentos después de las doce de la noche, el mar se calmaba y, por entre las rasgadas nubes, aparecía una luna prometedora de bonanza.

Al día siguiente Orán caía en poder del emperador. ¡Bello ejemplo de confianza en la eficacia de la oración!

53

Margarita de Cortona antes de cumplir los dieciséis años, abandonó a sus padres y se entregó, como precio del pecado, a un joven de la nobleza. Vida de liviandad durante nueve años. Un día su amante emprendió un corto viaje y llevó consigo a su perro. Salió Margarita en la fecha convenida a su encuentro... pero sólo vio al perro, que ladraba lastimeramente y la invitaba a que la siguiera. Con el corazón sobresaltado, llegó a un montón de hojarasca; nerviosa empezó a removerlo, y pronto vio el cadáver medio descompuesto de su amante. Presa de dolor, le miró fijamente y exclamó: «¿Y su alma? ¿dónde está su alma?»

Y ella luego reflexionando se dijo: ¡Insensata! Aquí tienes lo que preferiste a Dios! Su corazón se llenó de arrepentimiento sincero. ¡Cuán misericordioso ha sido Dios para conmigo! Un rayo de luz alumbró su espiritu: era el sendero de la penitencia, y en él encontró a Cristo, siempre acogedor y paternal.

Dios no puede abandonar su obra, y el alma está hecha a su imagen «Somos moneda de Dios... Y Dios busca su dinero», dice hermosamente San Agustín, y ¡qué afanosa, qué solícita es la búsqueda de Dios por las almas!

54

Luis Veuillot fue uno de los más grandes periodistas de Francia en el pasado siglo. Pio IX le llamaba «emperador de la pluma». Un día fue a visitarle un amigo, llamó, más no contestaba nadie. Con la confianza que da la amistad, entró y se asomó al despacho. Allí estaba el periodista con los codos sobre la mesa abismado en la lectura de un libro; lloraba.

–Amigo, le dijo el visitante–, ¿qué te pasa? ¿por qué lloras? Luis Veuillot pareció volver en sí de un éxtasis, y por toda respuesta alargó el libro a su amigo y dijo:

–Lee... El hombre que lee esta página y no llora no tiene corazón.

Era la parábola del hijo pródigo; aquella parábola que contiene el más tierno y delicado retrato que de su misericordia nos dejó Jesús.

También yo os invito a leer no ya esta página del Evangelio, sino en el mismo corazón de Cristo, que al cabo de veinte siglos sigue llamando a todos los hijos pródigos del mundo con esta promesa: «Los pecadores hallarán en mi corazón el manantial y el océano infinito de misericordias».

55

Un niño está jugando al borde de un pantano. De pronto resbala y cae al lodo. Allí hundiéndose,

se revuelca sin poder salir, llora y pide con angustia ayuda. La madre lo ve, se dirige a él y ¿qué hace? ¿Por ventura lo hunde más hasta ahogarlo en el pantano, aunque haya caido en el lodazal por culpa suya? ¡Oh, no! le saca, le abraza llena de ternura, le enjuga las lágrimas, le estrecha contra su corazón, le limpia el fango que le mancha y le ama más viéndole llorar y sufrir. Y no es que la madre ame el fango en que ha caido su hijo; es que, caido y todo, no deja de ser el fruto de sus entrañas.

Pues esto hace Dios con los pecadores cuando caen en el fango del pecado. No es que ame el pecado, es que los ama a ellos, que, aun caidos, son hijos desgraciados redimidos con la sangre de la cruz. No desconfiéis. Id a vuestro Padre como el hijo pródigo. Él os perdonará, os estrechará contra su corazón y os dará la vestidura blanca y salvadora de la gracia.

56

El buque avanza como un conquistador en busca de los misterios del mar. La chimenea, con su penacho de humo, parece una cimera. De pronto, entre el humo, brotan raudales de chispas que salen de sus entrañas de fuego. ¿Por qué no arde la embarcación? Porque las chispas van todas a caer al mar infinito y se apagan en sus aguas.

Así camina el mundo. Entre el humo de sus vi-

cios, saltan continuamente al cielo las chispas de sus crímenes. ¿Qué sería del mundo si esas chispas no cayeran en el mar de la misericordia de Dios, aplacado por las oraciones de los justos?

57

Cuenta el padre Heredia que en 1884, cuando el gobierno francés decretó que las imágenes de Cristo y de los santos fuesen quitadas de las escuelas, un joven fanático se puso a demoler a palos un crucifijo.

Este caía a pedazos al suelo. Súbitamente el iconoclasta cayó privado de los sentidos. Tuvieron que llevarle a su casa. Próximo ya a la muerte, dijo a su madre: «Madre, da muchas gracias a Dios por su infinita misericordia para conmigo... Cuando empecé a herir despiadadamente al crucifijo, lleno de un odio infernal... me pareció que el rostro del Señor se animaba... Esto me dio más rabia; seguí destrozándolo. De pronto sus ojos se fijaron en mí con tal expresión de ternura, de cariño, que me quedé aturdido con el palo levantado... Sentí entonces un dolor tan grande, una pena tan atroz al considerar mi ingratitud, sentí tal arrepentimiento por lo que hacía, que cayó de mis manos el palo. Luego di un grito pidiendo a Cristo perdón y... ya no supe más de mi... Madre, cuéntaselo a todos que entiendan lo que es la misericordia infinita de Dios».

58

Una encantadora leyenda nos habla de un pecador que se confesó con profunda contrición. El confesor absolvió al penitente y le previno contra la recaida. El hombre, con todo, cayó en la misma tentación, y, al presentarse de nuevo contrito al tribunal de la penitencia, el confesor vaciló largo tiempo en absolverle. Cuando por fin lo hizo, advirtió: «Esta es la última vez». Mas a pensar de todos los propósitos, la tentación pudo más que el pecador, y cuando por tercera vez fue al confesonario el confesor le negó la absolución porque dudaba de que el arrepentimiento del penitente fuera sincero. El buen hombre, en cambio, afirmaba que se sentía profundamente contrito. El sacerdote, no obstante, persistió en la negación. Mas en aquel preciso momento aconteció que desde la alta cruz del coro sonó por la iglesia como un llanto. Sorprendido el confesor, levantó los ojos y vio como la imagen adquiría vida y el Crucificado soltaba la mano derecha del madero de la cruz y trazaba sobre el pecador el signo de la absolución.

Y para el severo confesor sonó esta recriminación: «No has derramado tu la sangre por él».

Es una lección. Es cierto que el que se confiesa debe tener dolor de haber ofendido a Dios y propó-

sito firme de no volver a pecar, pero si vuelve a caer, porque es débil, el sacerdote debe absolverle. «*Un corazón contrito y humillado Dios no lo desprecia*». (Sal. 51).

59

Absalón, hijo del rey David se rebeló contra su padre. Y David se vio obligado a mandar su ejército contra él. Pero David no olvidó que era su padre por lo que, mientras sus capitanes se indignaban y esperaban el momento de vengarse de Absalón, él se puso en la puerta por donde desfilaban los soldados y gritó a los capitanes: «*Id contra los enemigos y destruidlos; pero, por caridad, salvad la vida de mi hijo Absalón*» (2 Rey. 18,5).

Así pues, cuando las criaturas quieren vengarse del pecador y destruirlo, Dios misericordioso les dice: «No, dejadle aún vivir, perdonadle para que pueda convertirse», pues «*no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*» (Ez. 33,11).

60

Manasés fue un rey de Jerusalén y reinó 55 años. Cometió muchos y muy graves pecados en la presencia del Señor, porque adoró a los ídolos, hizo pasar por el fuego a su hijo, inundó en sangre a Jerusalén, se manchó con muchas impurezas y mató a muchas personas. Sus pecados clamaban vengan-

za al cielo.

Dios, indignado, mandó contra este malvado rey a los capitanes del rey de los asirios, los cuales le prendieron y le llevaron prisionero a Babilonia. Entonces Manasés conoció haber pecado mucho; lloró arrepentido y suplicó de corazón a Dios que le perdonase. Y Dios usó con él de misericordia. Obtenido el perdón, Manasés reparó como pudo el mal que había hecho, y después fue siempre bueno y piadoso y dio buen ejemplo a su pueblo.

61

Son muchísimos los ejemplos que pudieramos aquí consignar y que nos hablan grandemente de la infinita misericordia de Dios, pero voy a terminar con uno que ya escribí mi libro: «A mis 90 años...»:

En el año 1868 se daba una misión en Aquisgrán. En uno de los sermones refirió el misionero una historia que impresionó mucho. Dijo:

«Hace algunos años, una pobre madre se encontraba en el lecho de la muerte rodeada de sus hijos. Sólo faltaba uno, que se hallaba en la cárcel, condenado a cinco años por un delito que había causado a la madre un serio disgusto. La moribunda pidió entonces que pudiese venir su hijo junto a su lecho de muerte. La petición fue atendida por la autoridad, y el hijo fue llevado por los guardias

donde estaba la madre.

«No pudiendo ésta ya hablar, dirigió a su hijo una profunda mirada que obró un milagro, pues, vuelto el hijo a la cárcel, se postró en tierra llorando y, después con una dolorosa confesión y con penitencias, se purificò de sus pecados».

«Y aún hizo más con él la gracia de Dios: cuando hubo pagado su pena se hizo sacerdote y predicador. ¿Sabéis quién era ese hijo? Yo mismo».

Así habló el misionero. Y después añadió: «Queridos hermanos, ¡ánimo y confianza! Los pecados podrán ser enormes; pero la bondad y la misericordia de Dios son aun mayores».

Esta es la historia del predicador que conmovió a todos los oyentes.

62

Las grandezas de Dios

En la Biblia leemos: «*Si quisiéramos dignamente alabar a Dios, jamás llegaríamos, porque es mucho más grande que todas sus obras... Cuando alabáis al Señor, alzad la voz cuanto podáis, que está muy por encima de todas vuestras alabanzas. Los que le ensalzáis, cobrad nuevas fuerzas, no os rindáis, que nunca llegaréis al cabo*» (Eclo. 43,30-33).

Ozanam cuenta que *Ampère*, el gran investiga-

dor, al hablar de Dios inclinaba muchas veces su ancha frente entre las manos y exclamaba: «¡Cuán grande es Dios, Ozanam, cuán grande es Dios! ¡y nuestro saber es nada!».

63

¿Qué somos ante el Dios santo? Ante su grandeza somos pequeñitos, y ante su santidad somos pecadores. Un joven estudiante japonés estaba sentado en la linda capilla de religiosos alemanes en Tokio y lo observaba todo con gran interés. De repente se levantó y salió de la capilla con señales visibles de una conmoción interior. El religioso, encargado de la capilla le preguntó más tarde por qué se fue tan repentinamente. Le contestó con gravedad: «Cuando estaba sentado allí con la mirada fija en el altar, de repente se apoderó de mi un estremecimiento ante el Dios santo, que allí habita. Al mismo tiempo conocí mi impureza de un modo tan fuerte, que no me atrevía a estar sentado por más tiempo en su presencia. Tuve que salir; no podía obrar de otra manera».

64

Tenemos que amar forzosamente a Dios, por tantos beneficios que de Él hemos recibido. Era un hombre frívolo e indolente que no amaba a Dios; y Francisco de Asís había venido a la tierra para encender el corazón de los hombres en ese amor.

Un día le tomó consigo y no le dijo más que esta palabra: «¡Ven!» Le llevó por un sendero muy largo y estrecho sin decir palabra. El hombre le seguía admirado. Al fin, en una encrucijada, encontraron un hombre echado en el suelo, ciego y paralítico.

El santo se puso delante de él. –Dime hombre, le preguntó; si yo te devolviera de pronto los ojos y el uso de tus miembros, ¿me amarías?

– ¡Oh, contestó el mendigo: no sólo te amaría, sino que sería esclavo tuyo toda la vida!

Francisco se volvió al hombre indolente y frívolo, y le dijo:

– ¿Ves? Este me amaría a mi si le devolviera el uso de sus sentidos; pues ¿por qué no amas tu a Dios, que te los ha dado perfectos?

65

Respetemos el santo Nombre de Dios

«Si a Dios le llamamos el Ser viviente, el Fuerte, el Omnipotente, el Señor, el Eterno, el Altísimo, estos nombres son verdaderos, santos, terribles, admirables; pero ni cada uno de ellos, ni todos juntos, expresan toda la verdad, toda la santidad, toda la majestad y toda la belleza del Ser divino» (Monsabré).

He aquí un episodio de los mártires de León

(Méjico): El valiente joven *Valencia Gallardo*, encarándose con los verdugos los reprendió con bondad, pero con entereza y con la elocuencia que le caracterizaba, por el negro crimen que iban a cometer; luego dirigiéndose a sus compañeros, los confortó con palabras llenas de dulzura y de bondad, pues le recordó la merecida recompensa con que Dios y su Santa Madre los recibirían en el cielo.

No le dejaron terminar; apenas aquellas furias infernales vestidas de hombres, oyeron pronunciar el nombre de Dios, se arrojaron sobre él, le golpearon de la manera más brutal, le cortaron la lengua burlándose y diciéndole: «Ahora habla». Haciendo un esfuerzo logró el joven Valencia desatar las cuerdas que le ligaban las manos, y ya que con la boca no podía decir más el nombre sublime y santo de Dios, que lleva el corazón de todo hombre señalando con el dedo al cielo, fue acribillado a balazos, destrozándole luego el craneo con una bala explosiva (Diario del Paso, 8.11.1927).

66

No faltan escarnecedores de la religión, pero éstos llevan su castigo. Pasaron 120 años sin que *Mesina* hubiese padecido ningún terremoto. En navidad de 1908 una publicación marxista se permitió insertar la siguiente broma: «Niño Jesús, envíanos de nuevo, si

es que puedes, un terremoto». Esto fue el 24 de diciembre. El 28 fue el espantoso «terremoto de Mesina»; en pocos minutos murió una tercera parte de los habitantes, el incendio que siguió al terremoto destruyó casi toda la ciudad. Entre los escombros se encontraron jirones del periódico blasfemo.

67

El 14 de junio de 1933 había de pasar por las calles de *Nantes* la procesión del Corpus. El periódico comunista «Travailleur» invitó a los padres de Nantes a protestar contra la procesión mediante una excursión en vapor. En el interior del buque se colocaron banderitas y letreros burlándose de la procesión. El vapor se hundió y de los centenares de personas sólo poquísimas pudieron ser salvadas.

68

Chaumette, uno de los más crueles revolucionarios del principio de la revolución francesa y miembro del Consejo Municipal de París, pronunció un discurso en la «Fiesta de la razón», y volviéndose al cielo exclamó: «Señor Dios, si existes, hiéreme con tu rayo». Dios no fulminó su rayo inmediatamente, pero unos pocos días después (24.3.1794) la cabeza del orador rodaba bajo la cuchilla de la guillotina.

69

En el archipiélago de las Antillas entre la América del Norte y la del Sur, hay la isla francesa *Martinique*. Su capital se llama *St. Pierre*.

El Viernes Santo del año 1902 gran parte de la ciudad que tenía 25.000 habitantes, blasfemó de Dios de una manera horrenda: en una plaza pública para hacer befa de la muerte redentora de Jesucristo, se crucificó a un cerdo y simulando ceremonias eclesiásticas, se le dio solemne sepultura. Se quería ver, así lo decía, si resucitaba para Pascua. Al mismo tiempo empezó a humear el *Mont-Belée*, que desde el año 1851 se estaba quieto; 14 días después, el 8 de mayo de 1902, empezó una erupción espantosa como nunca se había visto. La ciudad pecadora de Sr. Pierre fue completamente aniquilada y sepultada por el fuego de la lava ardiente. Lo sucedido fue sin duda un justo castigo de Dios.

70

Conclusión: Somos propiedad de Dios

Por ser hechura de Dios, a Él pertenecemos con cuanto somos y tenemos. Él es creador de todas las cosas, y «nos ha creado, como dijo Pio XI, para que le conozcamos y le sirvamos; derívase de ahí un derecho ilimitado de nuestro Creador sobre nues-

tro servicio» (Mortalium animos).

Bien podíamos decir todos lo que un día *José Toniolo*. Este fue un gran sociólogo italiano, el cual hacía Ejercicios Espirituales todos los años, y en su Diario escribió estas líneas acerca del Principio y Fundamento:

«Yo confieso creer firmemente que vengo de Dios; por consiguiente, todo lo que hay en mi es un don de Él. Esto proclama mi sublime dignidad y al mismo tiempo mi completa dependencia del Creador. Por deber, pues, de justicia, debo ser todo para Dios. No me pertenezco a mi mismo, ni a los prójimos, ni al mundo; yo pertenezco a solo Dios, y deber mio ineludible es entregarme a Él sin vacilaciones, sin tardanza, sin reservas, no ser esclavo de mi voluntad, sino esclavo y siervo de la voluntad del Creador».

71

El pa*dre de San Pedro Fourier*, al sentir que se acercaba su última hora, se quitó con las fuerzas que aun le quedaban la gorra que llevaba en la cabeza y la guardó humildemente en la mano. Los suyos quisieron ponérsela de nuevo, más él les dijo: «Nunca os atreveríais a comparecer ante un príncipe sino con postura humilde y descubiertos. Pues bien, yo no quiero obrar de otra manera con el Se-

ñor altísimo. Es Él quien me dio el alma, y estoy muy cerca ya de devolvérsela. Por tanto quiero hacerlo con el respeto que le debo».

Deber nuestro y de todos los hombres es respetar y amar a Dios que nos ha creado y nos ama. Dios no necesita nada de nosotros, porque Él es infinitamente feliz, y si quiere que le honremos y le glorifiquemos es para nuestro bien, porque amándole nos hacemos mejores y vituperándole y blasfemándole nos hacemos peores. Él sigue siendo el mismo.

«Teme a Dios y guarda sus mandamientos. Esto es todo hombre», es decir esta es la razón de ser del hombre, para esto ha sido creado (Eclesiastés, 12,13) *«Si vivimos... para el Señor vivimos... del Señor somos»* (Rom. 14,8)

Laudetur Iesuschristus = Alabado sea Jesucristo.